

PRESENCIA Y APARIENCIA DE ENEAS

ALBERTO VACCARO
Universidad de Buenos Aires

La natural preponderancia de Eneas en el poema de Virgilio, sin perjuicio de las actitudes que demanda precisamente su condición de héroe forjador de una nueva estirpe, no se mantiene siempre en la grandiosidad adecuada a un héroe de epopeya que está signado por el destino para el logro de su finalidad.

El héroe ante la adversidad

Es así cómo ya en la primera aparición revela su miedo ante una tempestad marina desencadenada por Éolo (I 92-93) y luego él mismo confiesa haber experimentado temor en el momento de reencontrarse con los suyos para emprender la huida de la incendiada Troya:

Haec fatus latos umeros subiectaque colla
ueste super fuluique insternor pelle leonis,
succedoque oneri; dextrae per paruos lulus
implicuit sequiturque patrem non passibus aequis;
pone subit coniunx. Ferimur per opaca locorum,
et me, quem dudum non ulla iniecta mouebant
tela neque aduerso glomeranti ex agmine Grai,
nunc omnes terrent aurae, sonus excitat omnis
suspensum et pariter comitique onerique timentem.

"Habiendo dicho estas cosas me cubro los anchos hombros y el cuello bajado con la piel de un amarillo león como manto, y me doblé bajo mi carga; el pequeño Julo se ha enlazado a mi diestra y sigue al padre con pasos desiguales; inmediatamente detrás va mi mujer. Marchamos por lugares sombríos, y a mí, a quien recientemente no conmovía ni una granizada de proyectiles ni un amontonamiento de griegos en el frente de batalla, ahora me aterrorizan todos los soplos, todo sonido me mantiene en suspenso y temiendo igualmente no sólo por mi compañero sino también por mi carga." (II 721-729).

Más explícitamente lo asalta el pavor cuando oye de pronto la voz de ultratumba de Polidoro, hijo de Príamo muerto por su huésped, el rey de Tracia (III 47-48), lo que acaece de nuevo cuando surge la imagen de Mercurio para recordarle que su verdadera misión no es embellecer Cartago sino fundar una nueva estirpe en el Lacio:

At uero Aeneas aspectu obmutuit amens,

arrectaque horrore comae et uox faucibus haesit.
 Ardet abire fuga dulcisque relinquere terras,
 attonitus tanto monitu imperioque deorum.
 Heu quid agat? quo nunc reginam ambire furentem
 audeat adfatu? quae prima exordia sumat?

"En cuanto a Eneas, verdaderamente enmudeció, fuera de sí por la visión y sus cabellos se erizaron de horror y la voz se le detuvo en la garganta. Arde por darse a la fuga y abandonar las dulces tierras, estupefacto por tan grande advertencia y orden de los dioses. ¡Eh! ¿qué hacer? ¿con qué discurso atreverse a solicitar ahora a la apasionada reina? ¿cómo empezar?" (IV 279-284).

Esto se repite en las verosímiles sombras de una intranquila pesadilla, en un momento en que se ha quedado dormido en la popa de su nave (IV 571-573), y aún más admisible es que un héroe tan portentoso se estremezca ante las temibles puertas del Hades: "Constitit Aeneas strepitumque exterritus hausit", 'se detuvo Eneas y aterrorizado escuchó el estrépito' (VI 559), o más tarde, cuando lo pasma la contemplación de los innumerables pueblos que, en una interminable espera (VI 710-712), yerran al borde de las aguas del temible Leteo.

Hay otro momento en que huye temeroso e impide así el ya concertado combate personal (X 656-657), pero no es el propio Eneas el fugitivo sino una falsa imagen suya creada por Juno para despistar a Turno y salvarlo del inevitable cuerpo a cuerpo con su tenaz adversario.

Además de miedo, en los pasajes ya señalados, el héroe se apena y se queja cuando, durante la pérdida de Troya, ve el cadáver de Héctor (I 485). También, en circunstancia menos horrible, se conduele con Dido después que él mismo le ha revelado su intención de partir, en cumplimiento del mandato divino, en seguimiento del objeto que le han propuesto los hados:

At pius Aeneas, quamquam lenire dolentem
 solando cupit et dictis auertere curas,
 multa gemens magnoque animum labefactus amore
 iussa tamen diuom exsequitur classemque reuisit.

"Al contrario, el piadoso Eneas, aunque desea apaciguar consolándola a la doliente y alejar su disgusto con palabras, lamentando muchas cosas y con el alma conmovida por un gran amor, sin embargo obedece las órdenes de los dioses y vuelve a ver su flota" (IV 393-396)

Otras veces lo arrebató una fuerte aflicción, así cuando se hace cargo del gobernalle al advertir que, tragado por las aguas, ha desaparecido el piloto Palinuro (V 868-869), por quien derramará nuevas lágrimas al comienzo del libro siguiente (VI 1), como cuando el hallazgo del cadáver de Miseno, compañero de Héctor, promueve una explosión de pena (VI 175-176), la que se renovará

a la vista del cuerpo joven del malogrado Palante (XI 41).

El descenso al Hades estimulará el reavivamiento de su dolor primero en el ineludible encuentro con Dido (VI 455) y después cuando la ve alejándose como una sombra más entre las múltiples que pueblan el submundo:

Nec minus Aeneas casu concussu iniquo
prosequitur lacrimis longe et miseratur euntem.

"Y Eneas, no menos conmovido por la enorme desgracia, la sigue largamente con lágrimas y se apiada de la que huye" (VI 475-476).

Un nuevo sufrimiento, aunque no de igual naturaleza, aqueja a Eneas cuando, junto con Acates reflexiona acerca de las trabas y la oposición que debe enfrentar el cabal cumplimiento de su irrenunciable cometido:

Vix ea fatus erat, defixique ora tenebant
Aeneas Anchisiades et fidus Achates
multaque dura suo tristi cum corde putabant

"Apenas había dicho aquellas cosas, Eneas, hijo de Anquises, y el fiel Acates, inmovilizados, retenían sus palabras y con triste corazón pensaban muchas cosas duras" (VIII 520-522).

Pero el dolor dejará de ser espiritual y se acrecentará por impaciencia cuando, herido por única vez, se vea obligado a esperar su curación antes de volver a la refriega (XII 398-400) y aceptar que lo sostengan Mnésteo y Acates porque un arma arrojada se le ha clavado en una pierna (XII 383-386), de lo que, como épica compensación, curará en forma maravillosa:

Fouit ea uolnus lymphae longaeuolus lapyx
ignorans, subitoque omnis de corpore fugit
quippe dolor, omnis stetit imo uolnere sanguis.

"El viejo Yápix, ignorante, lavó la herida con aquella agua, y de pronto todo el dolor huyó en efecto del cuerpo, toda la sangre se mantuvo en lo profundo de la herida." (XII 420-422).

El héroe que se ha ido transformando en invencible asume, sin embargo, dos veces actitud de suplicante, una para lograr el apoyo del rey Evandro, en cuyos umbrales se inclina (VIII 144-145), y otra ya antes, al dirigirse a los dioses durante el incendio de las naves.

Además de tales quiebras de su gallardía heroica, "Il restera cependant toujours inquiet,

en proie au scrupule et au doute"⁴⁰, lo atajan momentos de indecisión: cuando se entera de que Turno ha levantado en armas a sus huéspedes:

(...) Quae Laomedontius heros
cuncta uidens magno curarum fluctuat aestu
atque animum nunc huc celerem, nunc diuidit illuc,
in partisque rapit uarias perque omnia uersat

"Y viendo el héroe troiano todas estas cosas flota en una gran marejada de preocupaciones y divide su cambiante pensamiento ya acá, ya allá, y toma variados partidos y da vueltas por todas las cosas" (XII 18-21)

y cuando, en muy distinta vicisitud, su rival, ya vencido, demanda conmiseración, que él titubea en conceder (XII 938-939).

"Ainsi, ce héros, l'êlu des dieux et du destin, ce noble ancêtre des rois et des empereurs romains, ce glorieux fondateur de l'Empire Romain, ne cesse de pleurer, de gémir, d'être effrayé, horrifié, d'avoir les membres glacés de peur, de sentir ses cheveux se dresser sur sa tête et sa voix lui manquer, de s'émouvoir, d'être paralysé par l'horreur. Il lui arrive même parfois de manquer de respect aux dieux. Toutefois ces mouvements affectifs exaltés deviennent encore plus puissants quand il s'agit de la participation directe d'Ennée aux combats"⁴¹.

Plano Superior

Eneas aparece muchas veces en una alta posición desde la que domina a todos los demás o las cosas que lo rodean; así se lo ve oteando desde el lomo de un escollo, las ondas líbicas (I 180-181), o emprendiendo, por sobre los atentos cartagineses, el minucioso relato de las desventuras troianas (II 1-2), o al arribar a las tierras de Acestes:

Postera cum primo stellas Oriente fugarat
clara dies, socios in coetum litore ab omni
aduocat Aeneas tumulique ex aggere fatur

"Cuando la siguiente claridad del día había puesto en fuga, al salir el sol, a las estrellas, Eneas convoca a sus compañeros por toda la costa y les habla desde la altura de un túmulo" (V 42-44),

¹ M. RUCH, "Le destin dans l'Énéide", en H. BARDON & R. VERDIÈRE, eds., *Virgiliana*, Leiden, E.J. Brill, 1971. p. 317.

² A.F.LOSSEV, "Les mouvements affectifs dans l'Énéide", en H. BARDON & R. VERDIÈRE, eds., *op.cit.*, p.205.

o aprestándose, sentado en una altura, a presenciar en medio de una gran muchedumbre parte de los juegos fúnebres ordenados en honor de Anquises, su padre (V 289-290), o tendiendo, desde la prominencia de la popa de su nave, un ramo de olivo al joven Palante en actitud de paz (VIII 115-116), o exhortando, también desde la popa, a sus huestes a disponerse para la batalla:

Iamque in conspectu Teucros habet et sua castra
stans celsa in puppi, clipeum cum deinde sinistra
extulit ardentem. (...)

"Y ya tiene a la vista a los troyanos y su campamento, de pie en la alta popa, después de lo cual, con la mano izquierda, levantó su radiante escudo" (X 260-262),

o proponiéndose, en medio de alta trinchera, hacia el final del poema, atacar la ciudad de los latinos (XII 564). "Furthermore, Aeneas is aloof and alone. There is no one with whom he talks freely. The gulf between Aeneas and all his men is far wider than the distance between Achilles or Agamemnon and their followers, or between Odysseus and his servants"⁴².

Inquietudes anímicas

De los héroes clásicos, "Eneas es el primero en quien notamos que hay vida interior"⁴³ . dado que algunas de las circunstancias o peripecias de sus andanzas y actividades estimularon hondamente su aptitud de preocupación, desde el momento en que el viejo Nautes, después del incendio de las naves, le aconseja dejar a Acestes la gente que le sobra, para que este pueda fundar allí su ciudad (V 719-720); pero mucho más debe de haberlo inquietado lo que oye cuando la sibila lo adoctrina, en "libre transposición poética de la ceremonia de iniciación que tenía lugar en los Misterios de Eleusis"⁴⁴ . para su escalofriante ingreso en el mundo de los muertos:

Aeneas maesto defixus lumina uoltu
ingreditur linquens antrum, caecosque uolutat
euentus animo secum. (...)

"Eneas, clavados los ojos, avanza con el rostro afligido, saliendo de la cueva, y revuelve en su dudoso espíritu, consigo mismo, los acontecimientos" (VI 156-158),

o cuando, poco después, se enfrenta con la turba que está esperando para cruzar el Aqueronte (VI 317). También en momento y por motivo muy distinto muestra señales de preocupada inquietud

³ G. HIGHET, *The speeches in Virgil's Aeneid*, Princeton University, 1972, p. 41.

⁴ A. BELLESSERT, *Virgilio* (vers. cast.), Madrid, Tecnos, 1965, p.219.

⁵ A. BELLESSERT, *op. cit.*, p. 226.

al sublevar Turno a los latinos:

cum pater in ripa gelidique sub aetheris axe
Aeneas tristi turbatus pectora bello
procubuit seramque dedit per membra quietem.

"cuando el padre Eneas se hubo acostado en la orilla y bajo la bóveda de un gélido cielo, con el corazón turbado por la triste guerra, y hubo dado un tardío reposo a sus miembros..." (VIII 28-30).

En los trancos comprometidos Eneas medita largamente los sucesos o las dificultades que ha de afrontar en el camino, de manera que a veces lo embargan las cavilaciones, así en el insomnio que lo aqueja al arribar a Cartago (I 305) como cuando, en medio de la refriega con las fuerzas de Turno, se sienta a reflexionar (X 159-160).

En el descenso al Hades, se le presenta oportunidad de manifestar su capacidad de admiración, a la vista de las armas y los carros que el mundo de los muertos mantiene inertes (VI 651), pero tal actitud llega a sublimarse cuando contempla los avios bélicos que su madre le ha obtenido de Vulcano:

Ille deae donis et tanto laetus honore
expleri nequit atque oculos per singula uoluit
miraturque (...)

"Él, contento con los dones de la diosa y por tan grande magnificencia, no puede saciarse y recorre los ojos por cada cosa y se admira (...)" (VIII 617-619),

asombro que se renueva al final del mismo libro, al pasar revista a las imágenes que, en el propio escudo recibido, jalonan los hitos de su alto y secular destino (VIII 729-731).

Una serpiente que surge imprevista del sepulcro de su padre lo pasma de sorpresa (V 90), estupor que se repetirá al advertir, en palabras que ha pronunciado su hijo, una indubitable admonición divina:

(...) Ea uox audita laborum
prima tulit finem primamque loquentis ab ore
eripuit pater ac stupefactus numine pressit.

"Aquella voz oída trajo por primera vez el fin de las penurias y el padre la captó, desde el comienzo, de la boca del que hablaba y la recogió estupefacto por la manifestación de la divinidad" (VII 117-119).

En un momento importante para la economía del poema lo dejan pasmado sus antiguas naves, que, transformadas en ninfas marinas, le comunican el grave peligro que corre su gente (X 249-250).

Dos veces vibra Eneas de impaciencia: una, por desvestirse de la nube divina que lo protege y darse a conocer ante los cartagineses (I 579-581), y otra, una vez restañada la herida que lo ha apartado momentáneamente, por revestirse de las armas que le permitirán volver a la refriega:

Ille avidus pugnae suras incluserat auro
hinc atque hinc oditque moras hastamque coruscat.

"Él, ávido de lucha, había envuelto sus pantorrillas en oro de un lado y de otro, y no soporta la demora y blande su lanza" (XII 430-431).

Apariencia del héroe

En las honras fúnebres de su padre, Eneas adopta la actitud de coronarse con una guirnalda, acto ritual (V 72) que repetirá al llegar al Tíber, porque su arribo significaba un punto de partida en el cumplimiento de los mandatos y profecias divinos que él ha obedecido al abandonar a Cartago (VII 135-136).

En plena batalla por la defensa de Troya se muestra en trance de ajustarse las armas para participar en la contienda, según él mismo cuenta a la reina Dido durante el relato de sus desventuras:

Hinc ferro accingor rursus clipeoque sinistram
insertabam aptans meque extra tecta ferebam.

"En seguida me ciño de nuevo con la espada y ajustándola metía mi mano izquierda en el escudo y me trasladaba fuera de las casas" (II 671-672).

Otra actitud marcial asume al cortar personalmente amarras para hacerse a la mar, una vez resuelto el abandono de Cartago (IV 579-580). Pero más heroica será su postura cuando, a pesar del temor que provocan los monstruos del Hades, enfrenta la espantosa aventura con decidida entereza (VI 290-291).

La etapa más propensa a que el héroe tome postura belicosa es el lapso de las pugnas finales por el asentamiento en el Lacio, así al herir con toda precisión a Faron en la boca exactamente cuando éste habla (X 322-323), como después de haber reclamado sus propias armas a Acates para no dejar enemigo con vida (X 335-337), o cuando, en afanosa búsqueda de Turno, se abre paso a mandobles entre los adversarios que se le oponen:

Proxima quaeque metit gladio latumque per agmen
ardens limitem agit ferro te, Turne, superbum

caede noua quaerens. (...)

"Siga toda cosa cercana con su espada y a través de la columna, ardiendo, abre una ancha senda con su arma buscándote a ti, Turno, orgulloso de tu nueva matanza" (X 513-515),

o al dar cuenta del sacerdote Hemónides luego de haberlo encontrado y derribado (X 540-541) o cuando recorre con ímpetu letal el campo de batalla:

sic toto Aeneas desaeuit in aequore uictor,
ut semel intepuit mucro. Quin ecce Niphaei
quadriiugis in equos aduersaque pectora tendit.
Atque illi longe gradientem et dira frementem
ut uidere, metu uersi retroque ruentes
effunduntque ducem rapiuntque ad litora currus.

"asi Eneas se ensaña victorioso en toda la planicie. una vez que se ha entibiado su espada. Es más, he aquí que se dirige contra la cuadriga y el opuesto pecho de Nifeo. Y cuando la cuadriga lo vio a lo lejos avanzando y murmurando cosas terribles, dados vuelta por el terror y corriendo hacia atrás no sólo vuelcan sino que también arrastran al conductor del carro hacia la costa" (X 569-574),

o al retener y atacar al herido Mecencio (X 786-788), o poco más tarde, instado a protegerse del asedio colectivo de varios enemigos (X 802), o al proponérsele un combate singular con el apaciguador propósito de concluir la guerra sin más derramamiento de sangre:

Nec minus interea maternis saeuos in armis
Aeneas acuit Martem et se suscitatur ira
oblato gaudens componi foedere bellum

"Y entre tanto, no menos bravo bajo sus armas maternas, Eneas enciende su coraje y se excita con furia, feliz de que la guerra se termine según el pacto propuesto" (XII 107-109),

o cuando, alejado su rival por una treta de Juturna, ejecuta, con ayuda de Marte, una verdadera carnicería en el campo enemigo (XII 497-499), o al acusar de viva voz al rey Latino, desde el pie de las murallas, de haber quebrantado dos veces la alianza prometida (XII 579-582), o al impedir que se ayude a Turno cuando el contrincante demanda auxilio a los suyos en pleno desarrollo del combate singular (XII 760-762). En otra circunstancia la ponderación de su heroica fortaleza corre por cuenta de un relato puesto en boca de Diomedes (XI 283-284).

Dido, en conversación con su hermana Ana, es la primera en reconocer la apostura heroica de Eneas, que evidentemente la ha deslumbrado con su presencia y con su relato:

quis nouos hic nostris successit sedibus hospes,
quam sese ore ferens, quam forti pectore et armis!

"¿qué nuevo huésped ha llegado aquí, a nuestra casa, mostrándose con qué rostro, de cuánta valentía y hazañas!" (IV 10-11),

pero también la advierten los rútuos Lútago y Líger, a quienes se les enfrenta la traza del héroe en un momento en que el campo troyano es víctima de sus estragos (X 578-579), y no se debe olvidar que la misma Juno, tan dura con él, necesita revestirlo de un manto de heroísmo cuando se le ocurre inventar un fugitivo fantasma de Eneas con la finalidad de salvar a Turno alejándolo del choque:

Tum dea nube caua tenuem sine uiribus umbram
in faciem Aeneae (uisu mirabile monstrum)
Dardaniis ornat telis clipeumque iubasque
diuini adsimulat capitis, dat inania uerba,
dat sine mente sonum gressusque effingit euntis.

"Entonces la diosa, mediante una vacía nube, adorna con armas troyanas una leve sombra sin fuerzas a semejanza de Eneas (prodigio maravilloso de ver) y simula no sólo el escudo sino también el penacho de su divina cabeza. le presta una voz irreal, le da una expresión sin pensamiento y finge los pasos de uno que se va" (X 636-640).

El verdadero Eneas se presenta, a su vez, con deslumbrante gallardía de héroe cuando estima llegado el momento de medir fuerzas con su enemigo mayor en el pactado combate singular, para lo cual se precipita sin tardanza y, en la imaginación del poeta, se asemeja formidablemente al monte Athos de Macedonia o al Érix de Sicilia o a los Apeninos que marcan el centro de Italia (XII 697-703). "But, as it turns out, the manner of his final victory degrades all he stands for"⁴⁵.

Sin embargo, más resp!andeciente aún es la apariencia divina que inviste al héroe al surgir de la nube que lo ha ocultado a los cartagineses y dárseles a conocer en medio de un celestial esplendor (I 588-589). Después de esto pasará un largo trecho del poema, hasta que llega en las naves con las que trae auxilio de los aliados para su gente, sitiada por los rútuos, antes de que Eneas vuelva a mostrarse en apostura de divinidad:

Ardet apex capiti cristisque a uertice flamma
funditur et uastos umbo uomit aureus ignis:
non secus ac liquida si quando nocte cometae

⁴⁵ K. QUINN. *Texts and contexts* London, Routledge & Kegan Paul, 1979, p. 67.

sanguinei lugubre rubent aut Sirius ardor,
 ille sitim morbosque ferens mortalibus segris,
 nascitur et laeum contristat lumine caelum.

"Resplandece la cima del yelmo en su cabeza y desde el vértice una llama se extiende por su penacho, y su dorado escudo vomita torrentes de fuego: no de otro modo como si alguna vez en una límpida noche los cometas rojean lúgubrememente con color de sangre o el ardiente Sirio, aquel que lleva sed y enfermedades a los afligidos mortales, surge y entristece el cielo con su siniestra luz" (X 270-275).

El último libro rubricará la imagen divinizada del héroe en la circunstancia en que él y Latino se disponen a concertar un nuevo convenio de alianza (XII 166-167).

Cualidades

El sosiego de que hace gala algunas veces: "Conticuit tandem factoque hic fine quieuit", 'Calló finalmente éste y habiendo finalizado, descansó' (III 718), le confiere una estampa adecuada a su jerarquía de héroe, serenidad que se subraya cuando, una vez pactado que se han de combatir sólo los dos jefes, aplaca a los suyos, sin armas y con un grito (XII 311-312).

Está dotado de amplia generosidad, cuya más patente manifestación se verifica cuando confiere premios a los vencedores de los juegos atléticos que ha organizado en honor de su difunto padre, y sobre todo al recompensar igualmente al viejo Aceste a pesar de no haber obtenido la victoria (V 530-531).

Eneas se destaca asimismo por la belleza física de que, en consosancia con su índole heroica, lo ha dotado la naturaleza y que halla su más adecuado pasaje de lucimiento en el episodio de Dido:

(...) Ipse ante alios pulcherrimus omnis
 infert se socium Aeneas (...).

"El mismo Eneas, más hermoso que todos los otros, se coloca como compañero" (IV 141-142).

También IV 149-150. En el mismo libro IV, Mercurio lo divisa, cuando le aporta el mensaje y el mandato de Júpiter, con una radiante hermosura de su espada y su capa, capaz de encandilar a la indecisa reina (IV 261-263).

A la belleza corporal se suman, aunque pocas veces, a causa del duro trajín de sus peripecias, algunos rasgos de alegría, provocada en una ocasión por el apoyo de las divinidades marinas a las que Venus ha puesto de su parte:

Hic patris Aeneae suspensam blanda uicissim

gaudia pertemptant mentem (...)

"Entonces dulces goces a su vez conmueven el alma indecisa del padre Eneas" (V 827-828);

en otra (X 874), no en un momento de holgorio o por un raptó de felicidad, sino porque puede medirse personalmente y mano a mano con Mecenio en el campo de batalla, y en otra más, uno de los muy escasos pasajes de comicidad del poema, al reirse de Niso (V 358), que, después de su correspondiente participación en los juegos atléticos con que se honra la memoria de Anquises, se presenta todo embarrado.

Como cualquier otro mortal, el héroe aparece, en un pasaje, sumido en el sueño:

Aeneas celsa in puppi iam certus eundi
carpebat somnos rebus iam rite paratis.

"Eneas, en la alta popa, ya decidido a partir, gozaba del sueño, preparadas ya convenientemente las cosas" (IV 554-555).

Una sola vez lo cubre el poeta de frívolos adornos, más concernientes a Paris (IV 215-217), pero no se trata del real cuerpo o espíritu del héroe sino del mero espejismo con que, como fruto de su despecho, lo divisa Jarbas, rival de amores y amante infructuoso de la reina Dido.

Poder y decisión

Cuando, en la instancia propicia, ataca a Turno, Eneas esgrime la fuerza colosal de los héroes homéricos (XII 887-888 y 919-923), porque su singular poderío procede de una fortaleza sobrehumana que lo faculta para efectuar todo trabajo, por duro que sea:

Protinus Aeneas celeri certare sagitta
inuitat qui forte uelint et praemia dicit,
ingentique manu malum de naue Seresti
erigit (...).

"En seguida Eneas invita a competir con la veloz flecha a los que acaso quieran y anuncia los premios, y con su poderosa mano levanta el mástil de la nave de Seresto" (V 485-488).

Lo cual se halla además acordado con una valentía subyacente (VI 263) que es la virtud que le permite afrontar con denuedo el terrible trance del descenso al Hades; "resplendent in his

military garb", como lo pinta la paleta de Joseph M. W. Turner en su cuadro *Eneas y la Sibila*⁴⁶.

El vigor y el valor se añan hasta conferirle un don de iniciativa que lo impulsa a ser el primero en poner manos a la obra en toda coyuntura (VI 183-184), así como un poder de decisión que lo estimula para ejecutar cumplidamente sus deberes y afrontar con activo espíritu las vicisitudes que le opone la suerte:

Occupat Aeneas aditum custode sepulto
euaditque celer ripam inremeabilis undae.

"Una vez dormido el guardia, Eneas se adueña de la entrada y se aleja rápido de la orilla del río del que no se puede volver" (VI 424-425).

Es tan inflexible en el acatamiento de lo que ha dispuesto o de lo establecido por el mandato del destino que no logra frenarlo ni siquiera su más tierno amor (IV 438-439 y 447-448).

Inclinaciones anímicas

Eneas, dotado de profunda religiosidad, nunca deja de cumplir las tareas que demanda el culto:

Ipsae caput tonsae foliis euinctus oliuae
stans procul in prora pateram tenet. extaque salsos
proicit in fluctus ac uina liquentia fundit

"Él mismo, con la cabeza ceñida por una corona de hojitas de olivo, alejado de pie en la proa, tiene una pátera, y arroja las entrañas a las saladas olas y hace libaciones con derramamiento de vinos" (V 774-776);

entre aquellas sobresalen las honras debidas a la memoria del difunto Anquises (V 94-96), u otros servicios rituales o la actitud de rasgarse las vestiduras ante el incendio de las naves:

Tum pius Aeneas umeris abscindere uestem
auxilioque uocare deos et tendere palmas

"Entonces el piadoso Eneas arranca la ropa de sus hombros y llama en auxilio a los dioses y les tiende las palmas" (V 685-686),

o el acto, en trance de súplica, de tocar reverente el altar de la sibila de Cumas (VI 124).

Un hombre tan estrictamente religioso no podía menos que desbordar de piedad, un

⁷ A. G. MCKAY, "Virgilian landscape into art". en D. R. DUDLEY & T. A. DOREY, eds., *Virgil*, London. Routledge & Kegan Paul, 1969, p. 155.

"internal developement or maturation of his character"⁴⁷, lo que, aparte reiterarse con el epíteto de *pious* casi constantemente adherido a su nombre por toda la epopeya, se pone en obra en varias oportunidades: "Eneas es, ante todo, piadoso en su calidad de 'hijo'. Aquí está el hogar de la 'pietas' romana. Ser piadoso quiere decir ser hijo y cumplir con amor los deberes filiales. Amor en el cumplimiento del deber o cumplimiento amoroso del deber es ser *pious*"⁴⁸. Asimismo al asegurar a Venus que no ha omitido llevar sus Penates en la marcha desde Troya incendiada (I 377-379)⁴⁹, o al descender a las profundidades infernales en busca de la sombra de su finado padre⁵⁰, como cuando sufre su alma en el Hades ante el lastimoso espectáculo que ofrecen los desheredados de la fortuna (VI 331-332), o tocado por la piedad filial de Lauso en el momento en que éste acude a socorrer a Mecencio, su padre, herido de muerte por el propio Eneas:

At uero ut uoltum uidit morientis et ora,
ora modis Anchisiades pallentia miris,
ingemuit miserans grauitur dextramque tetendit
et mentem patriae subiit pietatis imago

"Al contrario, verdaderamente, cuando el hijo de Anquises vio la expresión del rostro del moribundo, que empalidecía en forma extraordinaria, gimió profundamente compadeciéndolo y le tendió su diestra, y el recuerdo de la piedad filial se metió en su corazón" (X 821-824),

o cuando, embargado de la mayor aflicción, cubre con manto de púrpura y oro el cuerpo muerto del joven Palente (XI 76-77). "Énée est donc l'incarnation d'une croyance fondamentale des romains: toute entreprise humaine a besoin, pour réussir, du concours divin, que seule la pitié peut assurer"⁵¹.

Recapitulación

Es evidente que su indiscutible esencia de héroe supremo no lo salva de la adversidad, la que a veces se resuelve en temor ante fenómenos naturales que puedan perturbar su marcha y

⁴⁷ B. OTIS, *Virgil. A study in civilized poetry*, Oxford, Clarendon, 1964, p.307.

⁴⁸ T. HAECKER, *Virgilio, padre de Occidente*, Vers. cast., Madrid, Sol y Luna, 1945, p. 107.

⁴⁹ "To apply the epithet *pious* to Aeneas is not Virgil's invention, but an echo of proverbial usage, in which it alluded to the hero's legendary act of religious and filial 'piety' in saving his household gods and his father from burning Troy" (W. A. CAMPS, *An introduction to Virgil's Aeneid*, Oxford University, 1969, p. 25).

⁵⁰ "Troius Aeneas, pietate insignis et armis./ ad genitorem imas Erebi descendit ad umbras" (VI 403-404). "Virgile oppose Énée descendant aux Enfers, aux autres héros qui y ont pénétré en ce qu'il est, lui, conduit par la piété" (P. BOYANCÉ, *La religion de Virgile*, Paris, Presses Universitaires de France, 1963, p. 67).

⁵¹ M. JENN, en *Revue des Études Latines* 41 (1963), p.74.

a veces en pavor ante acontecimientos escalofriantes de ultratumba, cuya experiencia, por otra parte, confirma y consolida su heroicidad. Como es un alma piadosa, cualidad incansablemente denotada por el reiterado epíteto de *pious*, no debe asombrar que experimente dolor espiritual en diversas circunstancias desgraciadas, incluso para otros, mientras que el propio dolor físico, real y concreto, una sola vez asalta a un héroe de tal envergadura, como si el poeta hubiese querido demostrar, con el lanzazo que le adjudica, su condición humana, pero asimismo su poder y divinidad porque en ninguna otra vicisitud ha sido posible doblegarlo. "Ce qui le soutient, ce qui va constamment renforcer en lui le sentiment de la responsabilité c'est sa *pietas*"⁵². La indecisión y la súplica se acuerdan tan poco con su fortaleza y heroísmo que lo ocupan en muy contadas ocasiones y con muy justificados motivos, nuevamente testimoniales de que debajo del héroe mora el inevitable ser humano. Pero, en verdad, su superior virtud heroica lo provee de una dosis de sosiego y generosidad, mientras que como hombre no deja de divertirse, siquiera una vez, con lo que es cómico, ni de dormir cuando el caso lo permite. "Es el primer héroe épico que es un hombre adulto y no un superhombre o un adolescente sobrehumano"⁵³. A tal punto se superponen el mortal y el héroe que el poeta intenta confirmar su superior alcumia al mostrarlo en una imagen encandilante.

Eneas aparece naturalmente encaramado a cierta altura cuando otea a lo lejos algún panorama. Pero el autor le acomoda también un basamento que lo eleva por sobre los mortales ya al dirigirse a las multitudes, ya cuando toma determinada actitud, como tender pacíficamente la rama de olivo al joven Palante. En el primer caso el personaje se comporta como cualquier ser humano que busca ampliar su perspectiva, mientras que en el segundo, Virgilio ha recalcado la divinidad del héroe al ubicarlo en un plano superior que lo destaca de los suyos, de sus interlocutores.

Este carácter semidivino, que se puede ir verificando paso a paso, en el curso de los acontecimientos, no obsta para que lo aquejen hondas preocupaciones, como a cualquier mortal ante serios problemas, ni que medite morosamente ante las dificultades que le opone la vida o el destino, ni que se admire o se llene de estupor ante sucesos maravillosos y que sólo a él pueden afectar, en su carácter de protagonista, ni que arda de impaciencia en vísperas de entrar en acción.

Pasado el tiempo y el espacio de los grandes héroes de la *Iliada* y la *Odisea*, Eneas, distinto "from the man who left Troy with his family and his gods"⁵⁴, se convierte en el héroe mayor de la saga latina y Virgilio busca denotarlo con actos de coronación ritual y con actitudes marciales que reafirman su heroicidad, lo que se comprueba en una larga serie de vicisitudes bélicas que deberá afrontar especialmente en el libro X sin perjuicio de que ya su traza épica, que hereda su hijo Julio (X 132-138): ha deslumbrado a la reina Dido, ha sobrecogido a los rútuos y ha doblegado el espíritu negativo y adverso de Juno, al par que su apariencia divina se subraya en tres momentos claves como son la llegada a Cartago, su retorno al comando de naves aliadas (esto implica la aproximación del sumo poder a favor de los troyanos) y la concertación de una alianza

⁵² M. RUCH. *op. cit.*, p. 317.

⁵⁴ M. GRANT, *El mundo romano*, Vers. cast., Madrid, Guadarrama, 1960, p.264.

⁵⁵ C. MENDELL, *Latin poetry: The new poets and the augustans*, New Haven & London, Yale University, 1965, p. 98.

definitiva con el rey Latino, lo que abrirá la última válvula para el cumplimiento de su misión fundadora, todo lo cual se va a resumir y aglutinar en el decisivo enfrentamiento con su principal adversario.

Otra demostración de su divinidad la proporcionan su fuerza sobrehumana y su *simpar* valentía, y aunque puedan ser adjudicables a un mortal su decisión e iniciativa, no lo es tanto su dura inflexibilidad, que en el momento definitivo lo sobrepone al amor humano, temporalmente sojuzgador de su alma.

Por otro lado su religiosidad y su espíritu piadoso tan machaconamente subrayado lo aproximan más bien a una sublimación divina que a la naturaleza humana.

El poeta ha señalado, sin duda, dos aspectos: Eneas es un hombre, condición *sine qua non* para comprender su trascendente aventura, pero su humana complexión envuelve una esencia divina enraizada en su nacimiento e impulsora de la magna epopeya liminar de un pueblo que ha de ser dueño del mundo en tiempo oportuno y duradero.